

¡Qué cosa más terrible es la visita a un museo, a uno de esos cementerios del arte! Lo hace uno casi como por deber de hombre que se cree culto, como quien cumple un rito. Y casi siempre se sale de esas visitas marcado y sin saber más que se sabía al entrar en ellas. Pero puede uno decir que visitó tal o cual museo y que vió tal o cual obra famosa.

He visitado unos cuantos museos, buscando sobre todo ver si revivía el recuerdo de cuando los visité la otra vez, hace ya treinta y cinco años. Al museo de Cluny fui principalmente a ver si encontraba en él la sombra del que fui cuando, teniendo veinticinco años, lo visité primero. Y no la encontré.

He visitado con singular interés los museos Guimet y Cernuschi, de antigüedades orientales, indias, chinas, japonesas. ¡Como ahora se lleva esto tanto!... Salí marcado de los Budas. Y apenas si guardo más impresión que la del gran Buda japonés, sobre su gigantesca flor de loto, del museo Cernuschi. Buscaba detrás de todo aquello el Himalaya, el Fujisama, el Ganges... No los encontraba. Aquellos Budas fuera de su santuario oían a cadáver. ¡Y aquellas reproducciones, en miniatura, de colosales templos! Es algo lamentable.

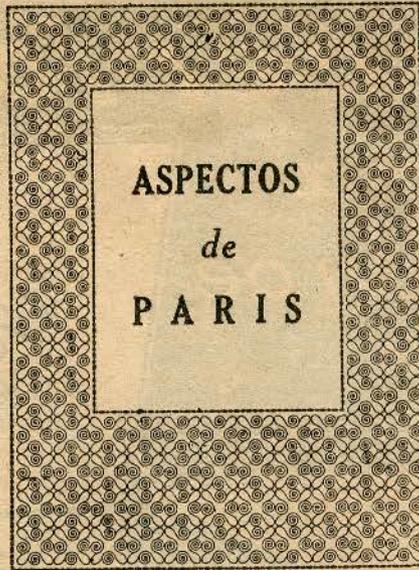
¡Con qué melancolía nos miran aquellos viejos ídolos! Acaso piensan que pasaremos nosotros, los ídolos de carne y hueso y sangre, los ídolos que respiramos y comemos y bebemos, y que un día el mundo de los museos se pasará sobre la tierra que cubra nuestros huesos. Porque esos monstruos de bronce o de piedra o de madera esperan su desquite. Y las estatuas que forjó Miguel Angel se sentarán sobre la tumba de éste. Y se verá que fué el arte el que hizo la naturaleza y la humanidad.

En el Louvre el mareo fué máximo. La Venus de Milo, el Nilo, la Gioconda, Delacroix, Ingres, Murillo... y la muchedumbre que desfila, como cumpliendo un rito civil, laico, por delante de todo ello.

Me detuve ante unos cuadros de Ribera a recordar los suyos, que en el templo de los Agustinas de Salamanca están donde deben estar, en el lugar para el que fueron pintados y recibiendo culto de muchedumbre recogida y devota.

Esto es cosa que se ha dicho cien veces y de cien maneras diferentes, pero que nunca está demás que se repita; un museo es un cementerio de arte. Todas las obras están en él mutiladas. Y allí no se encuentra historia, allí no se encuentra más que arqueología.

Cuando entramos en el salón de Apolo mi amigo Crawford Flitch, mi traductor al inglés, y yo nos acordamos al punto del desnudo valle de la Oliva de Fuerteventura, de aquel solemne pedregal, sahárigo, donde se alza el caserón de los coroneles de la isla y al que dominan unas cónicas y peladas montañas



IV

portada se ve que quieren estar allí, que allí aguardan, que allí viven y se alimentan de las oraciones de los fieles mientras que la mutilada Victoria de Samotracia, la mutilada Venus de Milo, la ya una vez robada y recobrada Gioconda, se ve que quieren escaparse de donde las tienen presas.

Las iglesias de París, hasta las más vulgares — y las hay hermosísimas, — tienen mucha más vida, mucha más historia que sus museos. Las iglesias tienen historia; los museos encierran arqueología. ¿Que se puede hacer de un museo una iglesia y reducir una iglesia a museo? ¡Y quién lo duda!... Pero si lo segundo es fácil, lo primero no lo es tanto.

No sé qué efecto causaría hoy, qué efecto religioso, el Cristo, pintado, de Velázquez que está en el museo del Prado de Madrid, o el Cristo, esculpido en madera, de Gregorio Hernández, que está en el museo Provincial de Valladolid puestos en el altar mayor de una iglesia. Como hace años que están en museo, fuera de culto, han muerto ya como ídolos, y ¡es tan difícil resucitar lo muerto! ¡Hace tanto tiempo que no han recibido oraciones! ¡Hace tanto tiempo que nadie se ha arrodillado ante ellos!

En cuanto a la Venus de Milo, la del Louvre, tampoco recibe oraciones — oraciones paganas, se entiende, pero oraciones al fin y al cabo — sino que oye que junto a ella se discute de eso que se llama estética. Se la estudia, no se la adora. Y hasta hay quien se pasa el tiempo en querer imaginar cómo tendría los brazos que le faltan. Chéster-ton decía que si el káiser Guillermo II llega a entrar en París se le habría ocurrido ponerle brazos a la Venus de Milo. A un norteamericano se le ha ocurrido ofrecer el dinero necesario para terminar las torres de Nuestra Señora de París. Se ha creído, sin duda, que la catedral de la Cité es una pieza de museo. Una señora norteamericana preguntaba en Egipto ante un viejo monumento faraónico: «¿Cuánto costaría hacer esto en Nueva York?» Y se le respondió: «¡Dos mil años, señora!» Y ¡ay del día en que toda Europa vaya a parar a un gran museo junto a Nueva York! Entonces Nueva York habrá muerto.

MIGUEL DE UNAMUNO



O.C. town X